decía (Luc., 12, 50): *Con un bautismo tengo de ser bautizado; ¿cómo vivo en estrechura hasta que venga la hora en que se ejecute?* Y si á San Pablo le apremiaba tanto la caridad y le hacía tanta fuerza el amor, que despreciando el hambre, y la sed, y las persecuciones, y el cuchillo, la vida y la muerte, para satisfacer el deseo de su amor, deseó las mismas penas del infierno (Rom. 3); y si San Andrés, viendo la Cruz en que había de morir, se requebraba con ella, como con esposa muy amada, y le rogaba se alegrase con él, como él se alegraba con ella; sube de aquí hasta las entrañas y Corazón de Cristo, y mira que si el Apóstol San Andrés se alegraba con la Cruz, y San Pablo deseaba sufrir tanto, ¿cuánto mayores serán los deseos y dolores del Corazón de Cristo ya desde el primer instante, pues tanto mayor era su gracia y caridad? Y si exteriormente mostró tanto dolor, mucho mayor amor y dolor le quedaba encerrado en su Corazón de lo que dió á conocer por de fuera en sus llagas.

Siendo esto así, fácilmente, por lo dicho, se colige cuál ha sido el origen del amor y del dolor del Corazón Sacratísimo de Jesús. Siempre amó y siempre sufrió. Aquella Cruz con que siglos después se presentó á la Beata Margarita de Alacoque, al presentarle su divino Corazón, la tuvo plantada hasta el fondo del mismo desde el primer instante de su existencia; Cruz interna, Cruz amorosa, Cruz dolorosa, que forma el genuino espíritu y es el fundamento del Apostolado de la Cruz.

CAPITULO 2º

Grandeza de los dolores del Sagrado Corazón de Jesús.

PARA conocer de alguna manera el infinito dolor del Corazón Sagrado de Jesús, juzgamos será conveniente en que nos fijemos en algunos principios que deben servirnos como de base ó fundamento, sobre que descansa esta materia.

1º Cristo nuestro Señor es el Redentor, el Salvador, el Medianero del género humano; el Fiador de toda la raza pecadora y el Glorificador del Eterno Padre. Como *Glorificador*, debía devolver á su Padre toda la gloria que le quita el hombre pecando, y toda la gloria que se propuso su divina Majestad en la creación. Como *Fiador* de la raza pecadora, estaba obligado á pagar con todo rigor de justicia todos los pecados con que el hombre ofende á Dios. Como *Medianero*, tenía la obligación de abogar en favor de los hombres hundidos en el mar de miserias y perdidos por la culpa. Como *Salvador*, debía salvar del naufragio á todos los ahogados por el pecado; y como *Redentor*, había de dar un precio, pero precio correspon-

diente á la Justicia divina ultrajada por el pecado de todos los hombres, y á la gracia que compraba para elevar á la raza humana al estado sobrenatural.

2º El precio que se exigió á Cristo nuestro Señor, con todo rigor de justicia, con el cual debía pagar los pecados de todos los hombres y comprar toda la gracia que distribuye á las criaturas racionales, es el DOLOR, que tiene su principal asiento en el Corazón.

3º En grande consideración se deben tener todos los dolores externos que Cristo nuestro Señor sufrió en su vida y sobre todo en su sagrada Pasión; mas los dolores del Cuerpo sacratísimo de Cristo son la *manifestación* del dolor de su Sagrado Corazón, en donde se halla el centro de las amarguras, desolaciones, desamparos y tristezas de Cristo nuestro Señor.

Supuesto todo lo que acabamos de decir, podemos colegir algo de lo que sufrió el Corazón amorosísimo de Jesús, fijándonos en las siguientes ideas:

La medida del dolor del sacratísimo Corazón de Jesús es, según nuestro modo de entender, *á la medida de la grandeza del Eterno Padre ultrajado por la criatura.*

Conocía Cristo Señor nuestro perfectamente á su Eterno Padre, y le amaba con amor infinito, y por lo mismo quería darle la gloria que merecía su divina Majestad. Este conocimiento perfecto de Cristo le hacía ver la infinita excelencia de su Eterno Padre y lo digno que era de que toda la creación le rindiera culto, le amara, le tributara toda clase de adoración. Mas esto es lo que afligió al Corazón amoroso de Jesús al ver á su divina Majestad ultrajada por la criatura; y la medida de este dolor fué á la medida de tanta grandeza y excelencia de la Divinidad. La razón de esto es clara; porque según es la estima y aprecio que se tiene á un objeto, así es el dolor al ver desestimado el mismo objeto. Ahora bien, el amor y aprecio del Corazón de Cristo á su Eterno Padre era infinito, por ser Dios infinito y de excelencia infinita, y tener Cristo capacidad para amarle y sufrir de una manera infinita. Por lo mismo, el dolor del Corazón de Jesús, al ver ultrajado á su infinito Padre, debía ser también, en cierta manera, infinito. ¿Quién será, pues, capaz de comprender lo que sintió aquel Corazón amorosísimo desde el primer instante de su concepción, al ver con tanta claridad á todos los hombres ultrajando á Dios? ¿Quién podrá medir su inmenso dolor al contemplar la *ingratitud* de los hombres, los cuales, en vez de alabar á su divina Majestad, le llenaban de injurias con su mala correspondencia y sus pecados? Sólo Jesucristo, que conoció perfectamente á su Eterno Padre, podrá medir el dolor que le produjo esta mirada de Dios ultrajado.

Además, podemos también barruntar un poco el dolor del Corazón Sacratísimo de Jesús, si consideramos *la malicia de un solo pecado.* Porque aunque el hombre sea finito y limitado, y todas sus acciones en sí sean finitas; con todo, por dirigirse todo pecado contra un Ser infinito, que es Dios, tiene malicia casi infinita, por aquella razón que todo acto se especifica por su objeto. Luego la malicia del pecado, ofendiendo á Dios nuestro Señor, es casi infinita. Ahora bien, el dolor del Corazón Sacratísimo de Jesús es á la medida de dicha malicia. Por lo mismo, cada pecado mortal produce en el Corazón Sacratísimo de Cristo un dolor casi infinito. ¿Quién será, pues,

capaz de comprender el mar de amargura en que arroja al Corazón de Jesús *un solo* pecado, por haber salido Él fiador del mismo y tener que pagar *á precio de dolor* la malicia de cada pecado?

Y si á esto añadimos lo que sufriría el Corazón de Jesús no por *un solo* pecado, sino *por todos* y *cada uno* de los pecados *mortales* y *veniales*, ¿cuál será la amargura del Corazón de Jesús? Si *un solo* pecado hace sufrir casi infinitamente á Cristo Señor nuestro, el número *total* de pecados cometidos desde el primer hombre hasta el último que vivirá sobre la tierra, ¿qué dolor producirá en su Corazón? No hay entendimiento que lo pueda comprender, ni lengua que lo sepa explicar.

Esta idea de lo que han hecho sufrir los pecados al Corazón Sagrado de Jesús, es incomprensible. Para llegar á profundizarla en toda su extensión, sería preciso que se comprendiera quién es Dios, lo cual es imposible á la inteligencia criada. Por lo mismo, podemos muy bien decir que *incomprensible es también el dolor del Corazón de Jesús*, y que ni todos los ángeles y hombres, por toda la eternidad, comprenderán semejante dolor.

El Corazón Sagrado de Jesús, con sus trabajos y dolores, quiso elevarnos á un estado sobrenatural. Para llegar á este punto era preciso que se nos comunicara un *nuevo ser*, por el cual nos levantara á la filiación adoptiva de Dios, nos hiciera participantes de los bienes de Dios y del mismo ser de Dios. Debía, por lo tanto, Jesucristo comprarnos este ser divino; es decir, la *gracia*, y pagar por ella, según nuestro modo de entender, lo que vale la gracia, que tiene

valor infinito. Mas como el modo de pagar de Cristo Señor nuestro es por medio del dolor, tuvo el Corazón de Jesús que comprar toda la gracia que Él reparte á las criaturas según le parece, dando por precio el dolor. ¿Quién será capaz de contar el inmenso mar de gracias que ha repartido á tanta criatura y todavía continúa haciéndolo, *juxta mensuram donationis Christi*, como dice el Apóstol. Y si cada grado de gracia tiene un valor infinito por ser una participación del Ser divino; y si tantos han sido los grados que ha repartido, y por cada uno de ellos ha debido dar un dolor que es casi infinito, ¿cuál será el mar de amargura que habrá sufrido el Corazón Sagrado de Jesús para la compra de tanta gracia?

El Corazón de Jesús nos reparte la gracia por varios medios, pero de una manera particular por medio de los santos Sacramentos, que son el precio del dolor del Corazón de Jesús. Por lo mismo, místicamente hablando, podemos decir que al recibir una persona un Sacramento, derrama sobre ella Cristo Señor nuestro su Sangre, comunicándose de esta manera al alma; lo cual le produce en su Corazón Sagrado, por cada vez que recibe un Sacramento, *místico dolor*. ¡Oh! ¡Cuánta comunicación de Cristo Señor nuestro á los justos y á los pecadores por medio de la gracia! ¡Cuánto dolor!

Sube de punto el dolor si consideramos al Corazón Sacratísimo de Jesús como el centro adonde van á herir todas las criaturas racionales. Porque siendo Él el Padre común de todos los hombres, por todos sus hijos padece, sean justos ó pecadores. Sufre, pues, por todos los justos que ha habido desde el principio;

y las penas de ellos, si bien las reciben los mismos justos, van á dar ó á herir al Corazón Sagrado de Jesús. Y así sufre el Corazón de Jesús por todos los mártires, ó padece lo que sufrieron los mártires, los confesores arrojados en sus prisiones, las vírgenes, los que sufren persecución por la justicia, los que padecen calumnias, tentaciones, luchas, desmayos, persecuciones del demonio, etc., etc Además, padece por todos y cada uno de los pecadores, á los cuales brinda con su gracia, y muchos de ellos no se convierten y al fin se pierden; cuya pérdida le causa un sumo dolor. No hay condenado en el infierno que no le cueste al Corazón de Jesús acerbísimos dolores. ¿Quién podrá, pues, medir el dolor del Sagrado Corazón de Jesús?

A lo dicho podemos añadir lo que padeció en su espíritu, sufriendo tantas calumnias, humillaciones, siendo tratado como si fuese un vil gusano y el oprobio de los hombres. "*Vermis sum et non homo, opprobium hominum et abjectio plebis.*" (Ps. 21.) "Gusano soy y no hombre; el oprobio de los hombres y el desecho de la plebe." ¿Quién más humillado que Cristo durante su vida, desde la Encarnación hasta su afrentosa muerte en el Calvario?

Y si de las humillaciones de su espíritu pasamos á los dolores de su cuerpo, bien podemos decir que ni un momento hubo en que no padeciese. "*Vir dolorum,*" "*varón de dolores,*" no sólo porque la imaginación le hacía padecer de muchas maneras, sino porque estuvo siempre en la pobreza é incomodidad en el portal de Belén, en la casita de Nazareth, etc. ¿Qué indica tanta sangre que derramó Cristo nuestro Señor, sino dolor y agudo dolor? ¿De qué es indicio la

agonía del Huerto, sino de lo que padecía su espíritu? Los clavos, las espinas, la Cruz, la hiel y vinagre, los azotes, etc., en alta voz nos gritan los dolores de aquel Señor, "*varón de dolores,*" que no tiene parte sana. Prensada su Alma por las amarguras, desolaciones y desamparos, y su Cuerpo sacrificado al dolor, siendo todo Él un holocausto quemado vivo, cual víctima desollada en el fuego del dolor. Toda la vida de Cristo Señor nuestro no fué otra cosa sino dolor interno y externo.

Murió Jesús, y parece que debían haber concluido tantas penas. Mas si los dolores físicos de su Alma y Cuerpo acabaron en la Cruz, le quedaron los dolores místicos, que todavía continúan y no se acabarán hasta el fin de los siglos. La Iglesia Santa ha estado continuamente en la tribulación. Los sacrilegios y las persecuciones hieren hondamente el Corazón Sacratísimo de Jesús. Miles de almas rasgan diariamente la túnica de Cristo Señor nuestro, con sus herejías y cismas, etc. ¡Cuánto dolor!

El Corazón de Jesús, pues, sufre, y sufre en su Iglesia; sufre en la Eucaristía, en su Sacramento de Amor, adonde van á parar todos los tiros de la perfidia é ingratitud humana. ¡Cuántos sacrilegios, profanaciones, irreverencias, no recibe Cristo Señor nuestro en su adorable Sacramento! Y Él lo ve, y calla, y sufre, y cual una víctima llevada al matadero se deja desollar, sacrificar, quemar en el vivo fuego del dolor. ¡Oh! ¿quién, podemos otra vez repetir, podrá calcular el dolor de este sacrosanto y sacrificado Corazón de Jesús en la Eucaristía y en la Iglesia?

Por lo que hasta aquí hemos explicado, podemos

vislumbrar el dolor en que está sumergido el Corazón Sagrado de Jesús. Mas este dolor no debe tomarse por partes, sino en conjunto. Así, pues, el Corazón de Jesús no estaba simplemente amargado, desolado, desamparado, triste, sino, si se nos permite explicar así, el Corazón de Jesús era amargura, desolación, desamparo, tristeza, dolor. Palabras que, tomadas en abstracto, nos indican algo de lo que queremos explicar y dar á conocer. Callen y enmudezcan todos los ángeles y hombres al tratar de dar á comprender lo que pasa dentro del Corazón Sagrado de Jesús, el cual es como una esencia de dolor, el centro del dolor, el dolor en toda su intensidad y extensión.

Vamos diciendo este dolor, de una manera y de otra; pero nos quedamos tan cortos, que suplicamos al Corazón de Jesús nos perdone por pretender desarrollar lo que es incomprensible; porque así como Dios es eternidad y nadie la comprende sino el mismo Dios, así también el dolor del Corazón de Jesús sólo Dios lo comprende y el mismo Corazón de Jesús que lo supo sufrir.

Este dolor, tal como lo hemos bosquejado, es el fundamento del Apostolado de la Cruz. Aquí deben venir á beber todos cuantos quieran conocer su espíritu; aquí han de meditar las almas que pretendan conocer al Corazón Sagrado de Jesús; en este Corazón doloroso de Jesús encontrarán lo que falta en los libros. Una vez fundados en el dolor, suban al amor del Corazón de Jesús y tendrán una idea perfecta del Corazón divino. Conocerán entonces esta hermosa frase: "Me amó y se entregó por mí;" palabras que debieran ser una centella en que nos inflamara en

amor á Cristo Señor nuestro, y nos animara á sufrir por Él.

Todo lo dicho hasta aquí, forma la Cruz interna del Corazón Sagrado de Jesús, la cual es tan grande y tanto le apretó, que su triste Corazón quedó sumergido durante toda su vida en una profunda desolación y en un terrible desamparo; desolación y desamparo que le hicieron sudar sangre en el Huerto y le obligaron á clamar en la Cruz: "¡Dios mío, Dios mío! mírame; ¿por qué me has desamparado?" (Ps. 21, 2.)

CAPITULO 3º

Excelencia del dolor en la Humanidad Sacratísima de Cristo y en particular en el Sagrado Corazón de Jesús.

En la Encarnación del Verbo, por la inefable unión personal de dos naturalezas, divina y humana, en una sola Persona divina, la naturaleza humana fué elevada á un estado divino. De suerte que, con toda verdad, puede decirse que el Verbo encarnado es un Hombre-Dios, ó un Dios-Hombre; y por lo mismo, que las acciones y operaciones de la Humanidad Sacratísima de Cristo son acciones y operaciones de un Dios, y que *sus dolores son dolores de un Dios*. ¡Oh! No se puede llegar á mayor excelencia que ésta, de que los dolores de la Humanidad de Cristo *sean dolores de un Dios*.

Mas como Cristo, Hijo de Dios, vino al mundo para glorificar á su Eterno Padre y salvar al hombre por la Cruz, comunicó á sus dolores una *virtud divina*, y también una *misión divina*, cual fué la de salvar al hombre. Encontramos esta idea en varios pasajes de la Sagrada Escritura. Así nos lo dice San Juan

en el Apoc., I: "*Nos amó y lavó nuestros pecados con su Sangre.*" En la Cruz, hecho Víctima sacrificada, nos libró de la tiranía de Satanás y de la pena debida á nuestros delitos. Por la Cruz nos ha reconciliado con Dios y nos ha abierto las puertas del cielo, haciéndonos participantes de sus méritos por medio de la fe, de la caridad y de los Sacramentos: "*Lo pacificó todo por la sangre de su Cruz.*" (Cor., I, 20.) Por sus dolores, por el derramamiento de su Sangre, por su muerte, por su sacrificio, expió Cristo el pecado, nos libró de la muerte eterna y nos conquistó la gracia, cumpliéndose aquello del Apóstol (Hœb., 9, 22): "*sin efusión de sangre no hay remisión;*" destruyendo el pecado por el sacrificio de Sí mismo. (Hœb., 9, 26.) Cristo es, pues, aquel incomparable "Varón de dolores, predestinado ya desde la eternidad para el sacrificio, que fué muerto desde el principio del mundo" (Apoc., 13, 8), cuyo sacrificio se realizó desde el seno de María hasta su muerte; siendo toda la vida de Jesús una cruz y un martirio continuo (Imit. de Cristo, l. 2, c. 12), para la glorificación divina y la salvación de las almas.

Descendiendo de estas ideas generales y aplicando lo que se ha dicho de la Humanidad Sacratísima de Cristo nuestro Señor al Sagrado Corazón de Jesús, veamos la excelencia del dolor en el Corazón divino.

Hemos dicho que el instrumento de que se sirvió Cristo nuestro Señor para la gloria del Eterno Padre y la salvación de las almas, fué el *dolor*. Ahora bien, ya que el Corazón es el órgano principal en la parte *afectiva* del hombre, los dolores de Cristo, sobre todo los interiores, tienen su asiento principal en su Sacratísimo Corazón, centro de todas sus afecciones amorosas y dolorosas; y puesto que sus dolores, según lo explicado, tenían por fin la salvación del hombre, se desprende que el Corazón Sagrado de Jesús, centro del dolor, es el instrumento de la salvación del hombre; pudiendo, por lo mismo, llamarse el dolor del Corazón de Cristo *Dolor-Salvador*.

El dolor de que acabamos de hablar no es un dolor que está solo, como aislado en su Corazón Sacratísimo, sino que proviene del amor y está infiltrado de amor, tendiendo ambos, amor y dolor, á un mismo fin: á la gloria de Dios y á la salvación de las almas. Esto explica por qué el amante Jesús presentó su inflamado Corazón á la Beata Margarita con una Cruz, espinas y lanzada; es decir, se presentó con una Cruz envuelta en llamas, como quien dice, el dolor envuelto en amor, ó sea dolor amoroso, ó amor doloroso: con unas *espinas* que, punzando, hacen brotar sangre, símbolo del amor-dolor de su Corazón, ya que es una prueba de grande amor el derramar sangre por el amado; con *una herida dolorosa*, de la cual quiso que manase sangre y agua; agua con que nos lava en el Bautismo, sangre con que nos nutre en la Eucaristía, Sacramento de amor; sangre y agua, que representan la Iglesia sin mancha, pura é inmaculada; expresión la más tierna del Corazón de Cristo. ¡Oh! ¡Cuán rico de amor es el Corazón Sagrado de Jesús! ¡Cuán rico, fecundo en obras y excelente es el dolor de su divino Corazón, el dolor de un *Corazón-Salvador!*